

Lars Mytting

Las Campanas Gemelas



El tañido de las Campanas Gemelas de Butangen atraviesa su pequeño valle desde hace siglos como una atronadora señal de peligro. Estas campanas fueron forjadas según un molde hecho en recuerdo de las siamesas Halfrid y Gunhild Hekne. Todo lo que rodea su misteriosa historia, su sonido y el recuerdo de las hermanas parece cargado de la ominosa predicción de lo que está por venir. Cuando en 1879 se instala en el pueblo un sacerdote recién graduado y a él le sigue el extraño enviado de una universidad alemana, la cual ha adquirido el conjunto de la iglesia, que va a ser desmontada, parece ser que, por fin, ese futuro llega a Butangen.

«Las Campanas Gemelas» es una historia exuberante, casi palpable, sobre cómo las nuevas ideas se enfrentan a la memoria, la tradición y la leyenda y sobre el desgarrador deseo de entregarse a los tiempos modernos.

*A mi madre.*

*«And this also», said Marlow suddenly, «has been one of the dark places of the Earth».*

JOSEPH CONRAD

## Índice de contenido

Cubierta

Las Campanas Gemelas

Primer relato. El paisaje interior

Las niñas que compartían piel

La iglesia medieval de madera (Stavkirken)

El timbre de la plata

Un barco que hace aguas en un mar embravecido

El secreto de los gnomos de la montaña

Las campanas seguirán tañendo

El dedo de Dios apunta a Noruega

Su propio pájaro de invierno

Siglos pulverizados

La palabra con gancho

La serpiente marina que desapareció

Una vez fue un lobo

Dos ardillas, nada más

El incienso de los noruegos

La Novia de Midtstrand

La buena nueva

El regalo de boda

Solo era superstición

Extraviado de una misa de difuntos

Los regalos del puerto de Latakia

La mancha de la pared del hórreo

Un pescador sin poder

Windswept February Red

Lámparas de gas en Dresde

Ningún campanario en Su nombre

El hijo del oficial de artillería

Lo juro sobre la Meyers Sprachführer  
 Cuarenta pieles de zorro y una esposa fiel  
 Por fin un brote verde  
 La serpiente de la puerta  
 Contra mayores enemigos que él  
 La palabra con K mayúscula  
 Por la punta del lápiz  
 El trenzado de la pasión  
 El amor iba en la misma dirección

Segundo relato. La caída

Desacralizar  
 Mi nombre bajo una lona  
 Por un golpe y por una enfermedad  
 Última escapatoria  
 El ataúd de las hermanas Hekne  
 La nueva misión  
 Si hace falta, hace falta  
 Ahora es mucho lo que ocurre  
 La traviesa  
 Tras cuatro meses heladores  
 Die Astridkirche  
 Los que abandonan Butangen  
 Meses sin sangre  
 Treinta hombres vestidos con pieles  
 Donde flota aguanieve gris  
 Una muerte clemente, dadas las circunstancias  
 Los sobres del Cantar de los Cantares  
 A Dresde irás  
 Leinebrør  
 Un arquitecto entre arquitectos  
 Der Kaiserschnitt  
 Una oveja no pare mejor  
 El paseo  
 El eco del bronce viejo  
 La casa de las cervices dobladas

Tercer relato. Estos han dejado de ser alguien  
Tú tejerás con amplitud, marcharás lejos  
Hormigas y moscas somos  
La salida del sol

Nota final del autor

Sobre el autor

Notas

## **Primer relato**

El paisaje interior



## Las niñas que compartían piel

El parto fue duro. Puede que el más duro que se recuerde en una comarca donde los nacimientos se disputaban ese rango. La madre estaba inmensa, pero hasta el tercer día de contracciones no comprendieron que se trataba de gemelos. Cómo transcurrió el parto, cuánto tiempo resonaron los gritos en la cabaña de troncos y qué hicieron realmente las mujeres que la rodeaban para sacar a los bebés, todo eso quedó en el olvido. Demasiado fatal el relato, demasiado fea la memoria. La madre se rompió, murió desangrada y su nombre desapareció de la historia. Lo que se recordaría siempre serían las gemelas y su tara. Estaban unidas desde la cadera hasta los pies.

Mas eso era todo. Respiraban, lloraban y estaban bien de la cabeza.

Los padres eran de la granja Hekne y las niñas fueron bautizadas Halfrid y Gunhild Hekne. Crecían a la par, se reían mucho y no estorbaban, sino que eran motivo de alegría entre ellas, para el padre, sus hermanos y la aldea. Muy pronto pusieron a las hermanas Hekne frente al telar vertical, donde pasaban largas jornadas mientras los cuatro brazos volaban en armonía entre los hilos y la urdimbre, tan deprisa que resultaba imposible distinguir cuál de ellas colaba la lana en su lugar del tapiz. Sus motivos eran de una belleza singular, con frecuencia enigmáticos, y sus labores se intercambiaban por plata o animales domésticos. En aquel tiempo nadie pensaba en identificar las labores artesanales de manera alguna y, pasados los años, fueron muchos los que pagaron precios elevados por un tapiz de

Hekne, a pesar de que hubiera dudas sobre su autenticidad.

El más famoso de los tapices de Hekne era una imagen de *Skråpånatta*, la representación local del día del juicio final, una herencia muy libre de las profecías llamadas Ragnarök en noruego antiguo. Un mar de llamas transformaría la noche en día y, cuando todo se hubiera quemado, la noche fuera de nuevo oscura y la tierra hubiese sido arañada hasta dejar la roca descarnada, los vivos y los muertos se verían arrastrados en comitiva para ser sometidos a juicio a la salida del sol. Ese tapiz fue donado a la iglesia y permaneció allí colgado durante varias generaciones, hasta que desapareció una noche tras atravesar las puertas cerradas con llave.

Las hermanas rara vez salían de la granja, pese a que se movían con más facilidad de lo que la gente pudiera pensar. Caminaban con una especie de ritmo de tres por cuatro, como si entre ellas llevaran un cubo lleno de agua a rebosar. Lo único que no eran capaces de franquear eran las cuestas que subían hasta las casas. Hekne era escarpado, en invierno el hielo suponía para ellas un peligro mortal. Mas la granja estaba en una ladera soleada y la nieve dejaba la tierra al descubierto enseguida, con frecuencia ya en marzo, y las hermanas salían al ritmo del sol primaveral.

Hekne fue una de las primeras granjas levantadas en la zona, por lo que era de las mejores. Disponían de dos cabañas en los pastos altos y la mayor, Storseter Setre, albergaba un rebaño de vacas bien alimentadas que pastaban hierba de un verde intenso. Los granjeros también tenían fácil acceso a Nedre Glupen, una laguna rica en peces con un cobertizo para las barcas de troncos de nueve pulgadas. Mas la verdadera muestra de poderío de un terrateniente del valle de Gudbrandsdal era cuánta plata poseía. Era su caja fuerte, una reserva visible, disponible. Ninguna granja era merecedora de su nombre si no tenía cubertería de pla-

ta para dieciocho comensales, y Hekne, con la venta de los tapices, disponía de plata para treinta.

Cuando las gemelas de Hekne se hallaban a mitad de camino de la edad adulta, una de ellas enfermó. Resultaba insoportable pensar en la consecuencia, que la superviviente tuviera que arrastrar el cadáver de su hermana, por lo que el padre, Eirik Hekne, recurrió a la iglesia y pidió que murieran a la vez.

El cura escuchó su ruego y, probablemente, también lo hizo Dios. La muerte les llegó a las chicas el mismo día y, hacia el final, exigieron que las dejaran solas. El padre y los hermanos esperaban junto a la puerta de la alcoba escuchando cómo hablaban de algo importante que debían solucionar. Ese día acabaron el tapiz del día del juicio final, *Skråpånatta*. Lo habían empezado juntas y Gunhild terminaría la labor con Halfrid muerta, sus brazos ya no servían de ayuda. Su padre la dejó trabajar en paz, porque las hermanas siempre parecían ensimismadas en algo *trascendental*, algo que él y el resto de los que se movían a la altura de las rocas y la superficie del agua nunca comprenderían. Al anochecer se oyó una tos, después el telar cayó al suelo.

La familia Hekne entró y vieron que a Gunhild le había llegado la hora. Ella no pareció darse cuenta de su presencia, pues se había tumbado con el rostro mirando a su hermana, y dijo:

—*Tú tejerás con amplitud, yo tejeré fuerte y las dos regresaremos cuando el tapiz esté terminado.*

Acercó las manos de Halfrid, las unió a las suyas, buscó acomodo para el cuerpo y así se quedaron, con las manos entrelazadas, como en una plegaria a dos.

Las generaciones siguientes no se pusieron de acuerdo sobre lo que Gunhild había querido decir, su dialecto hacía que la frase resultara ambigua. *Reinne*<sup>[1]</sup> podía significar

tanto montar un telar como ir deprisa. Cuando donaron el tapiz a la iglesia, el sacerdote anotó las últimas palabras de Gunhild por detrás del tablón de madera en el que lo fijaron. Pero la lengua escrita no dejaba lugar a los matices del dialecto, y quedó así de pobre: «*Tú caminarás lejos y yo caminaré cerca, y las dos regresaremos cuando el tapiz esté tejido*».

Enterraron a las chicas bajo el suelo de la iglesia y, como muestra de agradecimiento por que hubieran muerto a la vez, Eirik Hekne hizo fundir dos campanas para la iglesia. Las llamaban las Campanas Gemelas y tocaban con una profundidad y una gravedad incomparables. Su timbre iba más allá de la iglesia medieval de madera y llenaba la hondonada del valle, seguía por los montes y retumbaba contra las paredes rocosas. Cuando el Løsnesvatnet, el lago que flanqueaba la iglesia, tenía la superficie helada y brillante, podían oír las campanas en tres aldeas vecinas, como una lejana armonía mezclada con las campanas de sus propias iglesias. Cuando el viento soplaba en la dirección propicia, había quien afirmaba poder escucharlas desde las cabañas de la montaña.

El primer campanero se quedó sordo después de tres misas. Al nuevo, los carpinteros le hicieron una plataforma en la parte baja de la torre para que tocara desde allí. Se metía cera de abeja en los oídos y se ataba una tira de cuero alrededor de la cabeza y sobre las orejas.

Las Campanas Gemelas no producían un estrépito melancólico ni sobrecogedor. Cada campanada tenía un núcleo vivaz, la promesa de una primavera mejor, un eco colorido por largas y hermosas vibraciones. Los tonos llegaban muy dentro, llenaban la mente de espejismos y conmovían a hombres insensibles. Si el campanero tenía talento, podía convertir en feligreses a los escépticos. La explicación del poderoso estrépito de las Campanas Gemelas era la riqueza de su *metal*. En aquellos tiempos se referían así a la cara

costumbre de echar plata en el metal fundido al moldear las campanas. Cuanta más plata, más hermoso el tañido.

Los elaborados moldes, más todo el bronce, ya le habían costado a Eirik Hekne una fortuna, mucho más de lo que habían percibido sus hijas por los tapices. Con la falta de reflexión propia del luto, se acercó al foso de fundición y echó dentro toda la cubertería de plata. Después se echó la mano al bolsillo y arrojó dos buenos puñados de monedas del mismo material en la aleación ardiente, monedas que flotaron sobre el metal líquido durante un tiempo extrañamente largo antes de fundirse entre burbujas.

La primera vez que las Campanas Gemelas ganaron fama de anticipar peligros fue durante una de las grandes inundaciones del valle. El deshielo de la nieve fue repentino e impetuoso, la gente padecía jaquecas bajo el cielo negro del verano y la misma noche que el río cambió su curso el tañido de las campanas despertó a los vecinos. Llegó la lluvia y la gente de dos granjas pudo huir antes de que la riada se llevara sus casas. Volcaron grandes construcciones de troncos, las vigas de madera quedaron tiradas como astillas en el curso de una cicatriz de agua desbordada en el paisaje. En el lago Løsnesvatnet flotaban grandes bultos blancos, pesados, casi hundidos en el agua; eran las ovejas. Fue después, mientras la gente se contaba bajo la lluvia y la familia del campanero resultó estar completa, cuando quedó claro que él no había estado en la iglesia. Al bajar a comprobar cómo estaba, el sacerdote encontró la puerta de la iglesia cerrada; así había permanecido todo el tiempo.

Eirik llevaba muchos años muerto. No hay testimonios de si alguna vez se arrepintió de haber fundido la plata, pero tanta fue a parar a las Campanas Gemelas que la granja estuvo varias veces a punto de salir a subasta. Si hubiera sido posible dividir Hekne en Oppigard, la parte alta, y Fra-

migard, la baja, se habría hecho, pero era demasiado escarpada y estrecha. En los años siguientes, el recaudador de impuestos se quedó el lago de pesca Nedre Glupen, dos arriendos y Storsetra, la cabaña grande de los pastos de verano. Las generaciones siguientes sufrieron por el precio que pagó Eirik Hekne. Consiguieron preservar el resto de las propiedades de la familia, los herederos alumbraron a su vez herederos y cada miembro de la dinastía tuvo una opinión sobre su antepasado. Pocos defendían la idea de que la plata estuviera mejor empleada en las campanas de una iglesia que en campos y establos, pero lo tomaron como un recordatorio de que las fatigas eran más fáciles de soportar que el pesar. Todos los domingos llegaba hasta la granja un tañido consolador de aquellas campanas que Eirik había llamado las Campanas de las Hijas, una costumbre y un derecho que murieron con él.

## La iglesia medieval de madera (*Stavkirken*)

Durante una eternidad, las Campanas Gemelas resonaron sobre la comarca. Tañían por los vivos, los moribundos y los muertos, por las bodas y por la misa de Navidad, por bautizos y confirmaciones y, en ocasiones, por bosques incendiados, inundaciones y corrimientos de tierra. Rara vez llegaban vecinos nuevos o se marchaban, los que se iban nunca regresaban, muchos niños creían que todas las campanas sonaban como las Campanas Gemelas, al igual que los que viven frente a unas vistas grandiosas terminan por ignorarlas.

Las campanas colgaron seguras en la torre hasta el año 1880, cuando ellas, al igual que el pueblo, se vieron expuestas a bruscos cambios y voluntades irreductibles. Una de las campanas incluso acabó bajo el agua y fue rescatada, y la única que demostró tener poder sobre su destino fue una joven de la familia Hekne. Su sacrificio no fue menor que el de los padres de las hermanas Hekne, pero ella tuvo que hacer el suyo a escondidas, y durante mucho tiempo solo un hombre la recordó por ello. Quien hubiera *deseado* recordar difícilmente la habría entendido sin conocer la prehistoria de la iglesia medieval a la que pertenecía y la aldea en la que vivía.

Hekne pertenecía a la iglesia de Butangen, un valle lateral entre Fåvang y Tretten. En aquel tiempo la comarca albergaba unas mil almas, repartidas entre unas cuarenta granjas, y los colonos dependientes de ellas. En cuanto al nombre del lugar, su historia era larga y enrevesada, una explicación que pocas veces había que dar, puesto que no